

Trolerotutos y Hardy

TROLARDY

**Y EL MISTERIO DE
TUTANKARBÓN**



Trolerotutos y Hardy

TROLARDY Y EL MISTERIO DE TUTANKARBÓN



© Trolerotutos, 2022

© Hardy, 2022

Edición y fijación del texto: Sergio Parra, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.mrediciones.es

www.planetadelibros.com

Ilustraciones de cubierta e interior: © Third Guy Studio, 2022

Diseño de cubierta e interior: Rudesindo de la Fuente

ISBN: 978-84-270-4930-7

Depósito legal: B. 640-2022

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Huertas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

1. Al pan duro, buena cara, 8
2. ¡Ecoooooo, ecoooooo!, 23
3. ¡Glitcheados!, 40
4. El horror tiene cara de pan congelado, 56
5. El temido maestro de Lorito, 71
6. Regreso a Villa Trigo, 84
7. Mojarse para secarse, 99
8. ¡Cala-Mar!, 116
9. Bienvenidos a Gastrópolis, 133
10. Comienza el juego, 148
11. Batalla mágica, 164
12. ¡Fusión con pan!, 182
- Epílogo. Pan recién hecho vs. pan congelado, 189



1.

AL PAN DURO, BUENA CARA

Aquel lunes por la mañana el cielo estaba tan gris que parecía hecho de mercurio. Llovía y hacía frío, y la gente andaba por la calle entre adormilada y fastidiada. Adormilada porque apenas eran las nueve de la mañana y fastidiada porque también hacía mucho viento, lo que impedía que los paraguas les protegieran convenientemente de la lluvia.

De hecho, una señora muy delgada, vestida de riguroso negro, parecía estar a punto de alzar el vuelo porque su paraguas empezaba a actuar como parapente.

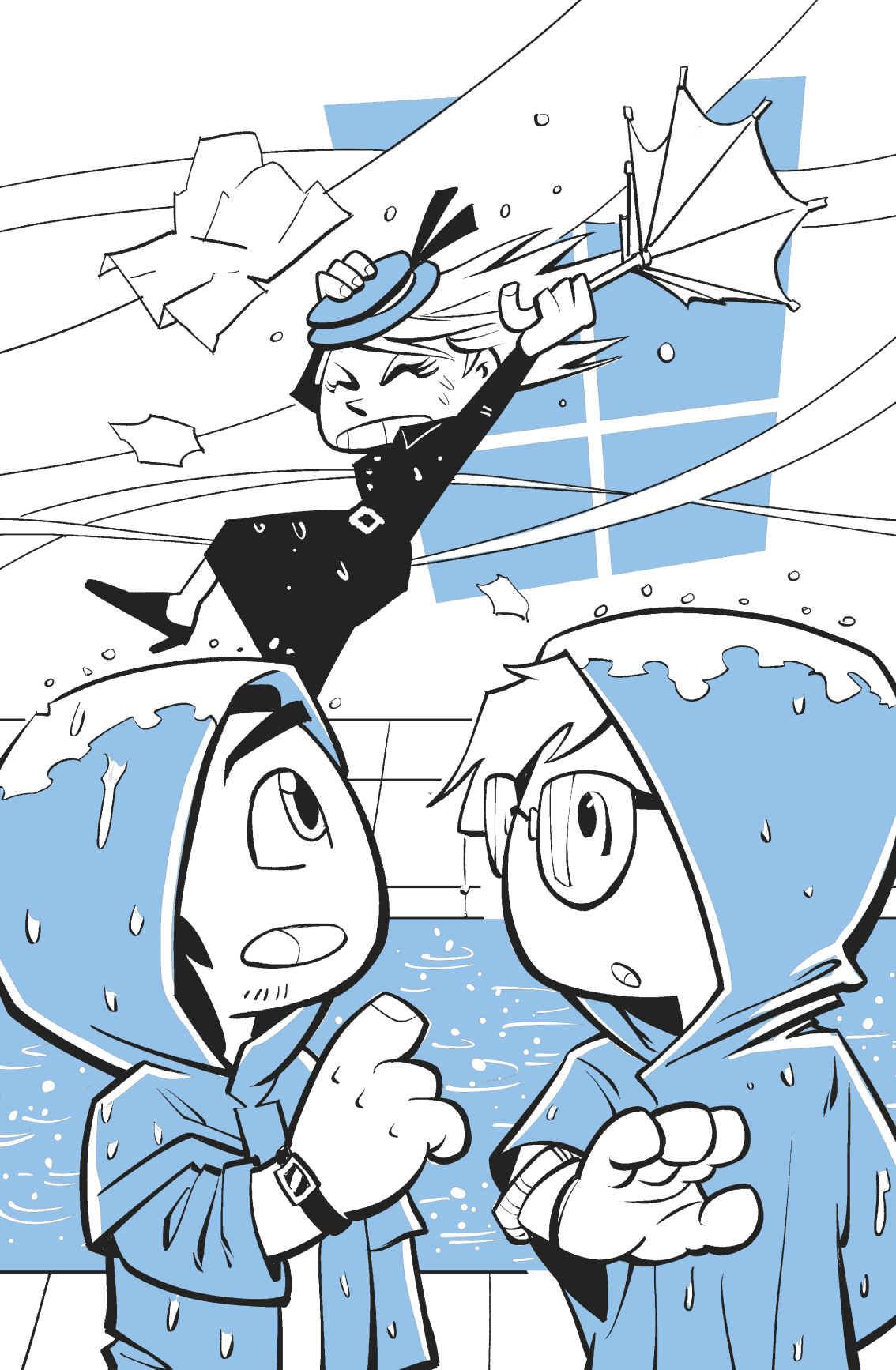
—¡Mira! —exclamó Hardy señalándola con el dedo índice.

—No señales, que es de mala educación —repuso Trolero entrecerrando los ojos para distinguir algo entre la lluvia.

—Pues mira hacia allí —insistió Hardy haciendo movimientos espasmódicos con la barbilla para apuntar a aquella señora.

—Aunque ahora uses la cabeza, sigues señalándola... —murmuró Trolero.





—Bueeno, pero ¡mira!

—Ya veo a la señora, ya. ¿Qué pasa con ella?

—Pues que parece Mary Poppins —exclamó Hardy soltando una carcajada.

—¿Qué?

—Mary Poppins, ¿no te acuerdas? También volaba con su paraguas, como está a punto de hacer esa señora.

Trolero puso los ojos en blanco.

—Buf, vale, ahora lo pillo.

—Mira, mira, ¡que se le escapa el paraguas! Ahora parece un cuervo que quiere huir de ella.

Hardy no dejaba de hablar a voces y gesticular exageradamente.

—De verdad, tío, que no sé cómo estás tan animado hoy —suspiró Trolero—. ¿Has visto qué día hace? Todavía tengo legañas en los ojos y, encima, es lunes.

Hardy se encogió de hombros.

—Ya, pero estoy contento porque vamos a comprar pan recién hecho para desayunar. Y ya sabes lo que dicen.

—No, no sé lo que dicen. ¿Qué dicen?

—Pues esa expresión popular para un día con mal tiempo.

—¿Qué frase popular?

—Que al pan duro, buena cara.

Trolero parpadeó un par de veces, procesando aquella información.

—Eh... Me parece que la frase es «al mal tiempo, buena cara».

Hardy frunció el ceño.

—No me suena. Creo que es «al pan duro, buena cara».

—Estoy bastante convencido de que es «al mal tiempo, buena cara».

—Pues a mí me gusta más mi frase. Significa que no importa que las cosas vayan mal, que hay que ser optimista, porque todo tiene arreglo. Ya sabes, el pan duro es una mala noticia. Una muy mala noticia. Por eso hay que poner buena cara. Bueno, por eso y porque ahora vamos a comprar pan recién horneado... Mmm, delicioso.

Trolero se echó a reír.

—Vale, tienes razón. Me gusta más tu frase.

Hardy le guiñó un ojo.

—Y veo que también has seguido mi consejo y ahora pones mejor cara.

Justo en ese instante cruzó por su lado la señora que vestía de negro y se perdió calle abajo, persiguiendo su paraguas, que parecía un cuervo despavorido.

Ambos se miraron conteniendo la risa.

—Mary Poppins, pero mal... —dijo Hardy.

—Pero que muy mal —admitió Trolero.

Por fin llegaron a la panadería y pudieron refugiarse de aquel día tan feo. Había mucha gente haciendo cola, pero no importaba. Allí dentro estaban calentitos y el aroma que quedaba suspendido en el ambiente lo ocupaba todo. Aroma a pan recién horneado mezclado con el toque dulce de los cruasanes y las magdalenas.

Además, a través de unos ventanales podían contemplar cómo se elaboraba el pan de forma artesana. Era un trabajo hipnótico. Por eso les encantaba la panadería del barrio, porque todo se hacía allí mismo y no vendían nunca pan congelado.

Además, Trolero y Hardy estaban convencidos de que nada malo podía pasar en una panadería. Para ellos era el equivalente a un oasis para un sediento o una sauna para





el que ha tenido un día muy estresante. El perfecto refugio para un día en el que la lluvia estaba arreciando.

—¿Qué queréis? —les preguntó entonces la dependienta.

La panadería era lo más parecido a un templo. La biblioteca del pan, el paraíso del trigo, el...

—Chicos, ¿queréis algo o no? —les insistió la chica con cara de preocupación.

Trolero y Hardy despertaron repentinamente de aquella ensoñación. Nada les relajaba más que contemplar cómo se elaboraba el pan artesanalmente, el esfuerzo y la dedicación que requería cada uno de sus pasos, así que al final se habían despistado. Ahora todo el mundo los miraba.

—Eh, sí, perdón —se disculpó Trolero.

—¡Dos barras de pan calentito! —exclamó Hardy señalando las dos barras que le parecían mejor horneadas.



Cuando regresaron a casa estaban de mucho mejor humor. Además, ya había dejado de llover y parecía que algunos rayos de sol asomaban tímidamente entre las nubes.

—Al pan duro, buena cara —tuvo que admitir Trolero zampándose su porción de pan caliente en el que había untado una generosa capa de mantequilla.

—Uf, sí, pero ahora toca buenísima cara —le corrigió Hardy—, porque esto no está nada duro. ¡Está buenísimo!

Ambos se sentían tan felices desayunando mientras veían la televisión cuando, de repente, en las noticias empezaron a hablar de algunos fenómenos extraños que se



habían registrado en diferentes lugares del mundo. Era algo relacionado con un alimento que estaba causando problemas sanitarios...

—¡Ahg! —protestó Trolero.

—¿Qué pasa?

—El pan, que está duro.

Hardy miró de reojo a Trolero, sin entender nada.

—Pero ¿cómo va a estar duro si está recién hecho? Además, estás comiendo de la misma barra que yo y mi trozo está... ¡duro! —dijo al fin tras dar un último bocado a su pan.

¿Qué estaba pasando? Hacía un instante que sus barras de pan estaban crujientes y sabrosas, y ahora eran lo más parecido a un trozo de corcho.

—¿Se habrá puesto malo? —aventuró Trolero.

—Pero ¿cómo va a ponerse malo en solo un rato de nada? ¡Es imposible!

Hardy examinó más de cerca su porción, como si tratara de encontrar algún signo extraño que diera explicación a aquel fenómeno. Pero no había nada. Se lo acercó a la nariz y lo olió. Oía a pan. Todo era normal. El único cambio era que ahora se había endurecido.

—Ay, tío... Mira, estoy flipando —le dijo entonces Trolero mientras apretaba su trozo de pan y este emitía un suave crujido—. Ahora ya no está duro, ahora parece recién hecho. Incluso está más caliente que antes.

Ambos dejaron de comer y empezaron a hacer experimentos con aquellas dos barras de pan en busca de más pistas. Y, poco a poco, fueron descubriendo que algo muy raro estaba ocurriendo. No solo el pan pasaba alternativamente de estar duro a crujiente y viceversa, sino que a veces adquiría la consistencia de un chicle. También se die-



ron cuenta de que, si untaban mantequilla, parecía emitir un sonido muy tenue, como una sutil melodía. Trolero se aproximó el trozo al oído y abrió los ojos como platos.

—Tío, suena música en este pan.

—Sí, hombre, ni que fueran unos auriculares.

—Pues creo que, si unimos dos trozos con una diadema, tendríamos unos auriculares.

Hardy se llevó un trozo al oído, pero no oyó nada. Entonces repararon en que la música solo se oía tras untar mantequilla. Cuanta más mantequilla le ponían al pan, más fuerte sonaba la melodía.

—A ver que yo lo entienda —murmuró Hardy—, ¡la mantequilla es como el volumen del sonido del pan!

—Pero es que además no es sonido, es música.

—A ver si es que el pan capta alguna emisora de radio, como si se hubiera convertido en una antena.

—Pues a mí no me suena de nada esta música. Suena como a ópera.

—Ópera y rock.

—Estoy flipándolo. La banda sonora del pan es como una canción de Queen.

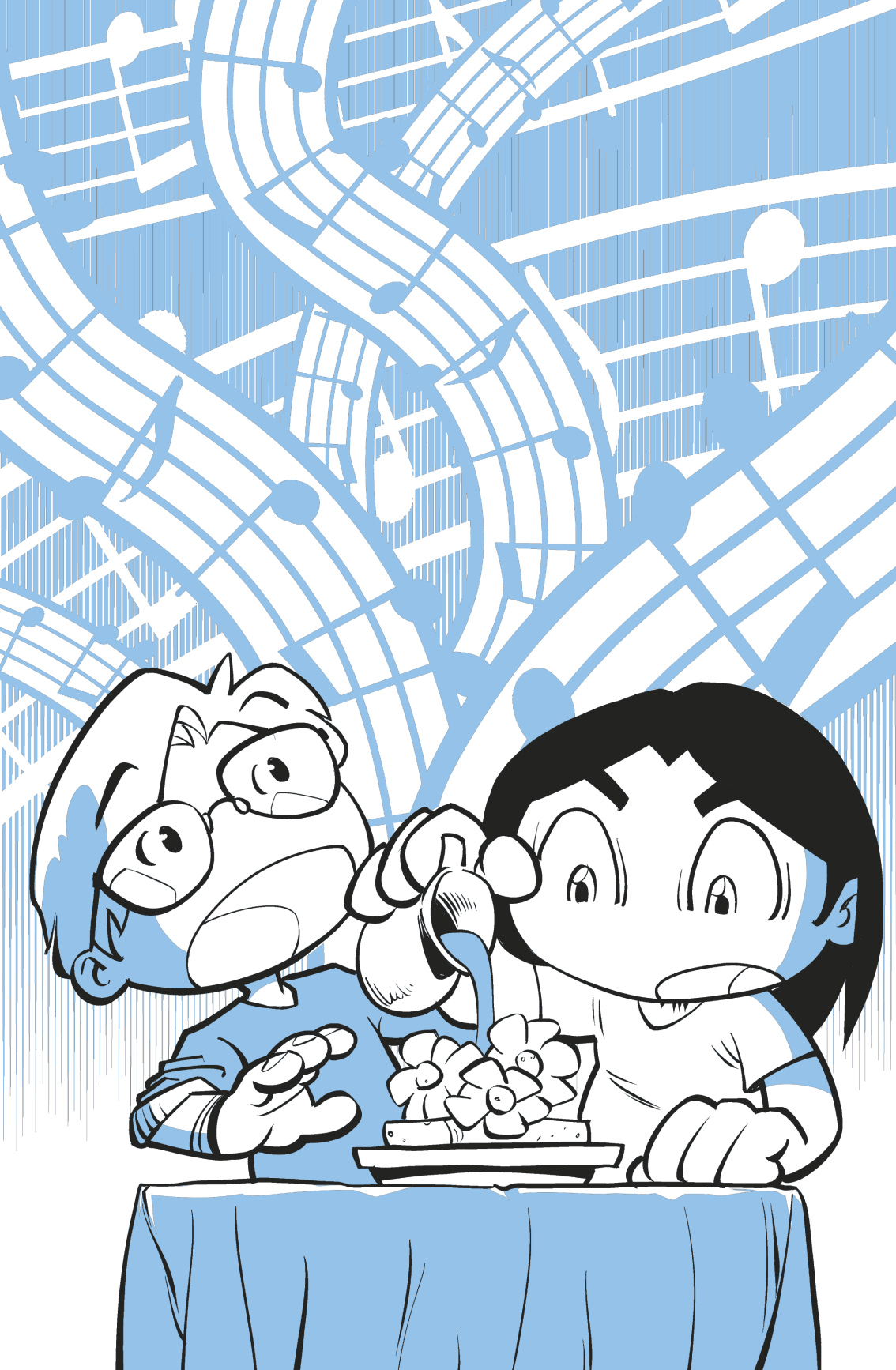
—Pues yo estoy flipándolo el doble, porque mira lo que pasa cuando le unto tomate en vez de mantequilla.

Para sorpresa de ambos, en el pan germinó una flor. Y si le ponían un chorro de aceite, saltaban unas pequeñas chispas, como si la porción de pan se hubiera convertido en una bengala.

—Es como si el pan... —empezó Hardy.

—... Se estuviera volviendo mágico —concluyó Trolero.

En la tele, precisamente en aquel momento, hablaban de cómo se estaban produciendo también fenómenos



muy extraños con el pan en muchas ciudades. En pantalla aparecía un señor con un gran bigote protestando porque su pan se había vuelto naranja en pocos segundos y luego había adquirido un color púrpura fosforescente. Otra señora refería el caso de un pan integral que se había convertido en pan de centeno. También hubo testimonios de gente que hablaba de baguetes que, si se soplaban por una punta, sonaban como una flauta y se informó de una chapata más dura que un diamante. Incluso de un pan de Viena que, tras haberlo abierto para introducir una hamburguesa con queso, finalmente se había transformado en un bocadillo de atún con lechuga.

Si bien todos aquellos fenómenos habían empezado con el pan, poco a poco parecían haberse ido extendiendo a otros ámbitos. En otro canal, descubrieron que en la India el cielo se había vuelto verde. Que en Australia el suelo era de color amarillo. Que en Estados Unidos se habían visto criaturas aladas que cantaban canciones de moda. El testimonio más extravagante fue el de un dentista brasileño que residía en Isla Grande y que aseguraba que había estado lloviendo al revés. ¿Al revés? ¿Cómo era eso posible? La lluvia, en vez de caer del cielo, parecía brotar del suelo y dirigirse hacia el cielo, formando nuevas nubes...

—¿Es que el mundo se ha vuelto loco? —exclamó Trolero sin dejar de cambiar de canal.

—Uf, qué fuerte... Es como si nuestro universo fuera un videojuego y le hubiera entrado un virus informático o algo así. Todo está mal.

Aquella comparación le hizo recordar algo a Trolero.

—Espera... ¿Has dicho un virus? ¿Un videojuego?

—Sí, ¿no me digas que no lo parece?



—Claro que se parece. De hecho, se parece tanto que... ejem... No sé si te acuerdas de que tenemos un personaje de videojuego en nuestra habitación.

Todo había ocurrido hacía muy poco. En su aventura anterior, la magia de la Masa Madre les había permitido viajar a su videojuego favorito. Se habían convertido en personajes de aquel mismo videojuego. Incluso habían protagonizado una gran aventura para recuperar la Masa Madre sustraída por el maléfico Lorito.

Y, finalmente, habían regresado a casa. Sin embargo... algo más había regresado con ellos.

—¿Te refieres a que Bloquín es el virus? —aventuró Hardy.

—Yo creo que Bloquín es el programa y en su interior llevaba el virus. Aquella pluma negra que salió de su tapa, ¿te acuerdas?

Ambos se dirigieron rápidamente a la habitación donde habían dejado a Bloquín encerrado. Allí estaba, acostado en su cama descansando. No sabían cómo había llegado hasta su mundo desde el videojuego. Y lo más inquietante de todo: tampoco sabían cómo era posible que hubiera traído consigo una pluma negra, una pluma que recordaba poderosamente al plumaje de Lorito.

Trolero y Hardy no tenían ni idea de lo que había pasado, ni siquiera sabían con certeza si aquella pluma significaba algo o no. Simplemente, habían decidido ocuparse de aquel problema más tarde, tras haber desayunado. Porque las cosas se ven siempre con más claridad después de comer un poco de pan.

Sin embargo, la llegada de Bloquín y aquella sucesión de hechos extraños por todo el mundo debían guardar, necesariamente, algún tipo de relación.

Trolero tomó la pluma negra que había salido del interior de Bloquín y la examinó de cerca. Parecía una pluma normal. A continuación, la sostuvo frente a Bloquín, que estaba desperezándose.

—¿Tú sabes algo de esto? —le preguntó agitando la pluma—. ¿Lorito ha viajado en tu interior hasta nuestro mundo?

Aquel bloque con patitas que habían usado en su anterior aventura como equipaje móvil podría haberse encochado de hombros si los hubiera tenido, pero, como no los tenía, sencillamente emitió un gorjeo que quiso transmitir inocencia.

—Creo que vamos a tener que investigar esto —le dijo Trolero a Hardy.

—Eso parece... —admitió este con cara apesadumbrada. Nada le fastidiaba más que dejar su desayuno a medias para jugar a ser héroes. Otra vez.

Sin embargo, la situación parecía crítica. Habían sido muy inocentes al pensar que aquella pluma quizá no significaba nada. Y que, en el peor de los casos, si Lorito estaba vivo, Bloquín no abriría su tapa bajo ningún concepto. No obstante, el mundo estaba volviéndose loco. Todo parecía estar bajo un hechizo gracias a una extraña y poderosa magia. Eso solo podía significar que Lorito estaba haciendo de las suyas desde el interior de Bloquín.

¡Tenían que abrir su tapa y entrar!



